

Rosa **Schonfeld de Bru**

A 14 años de la desaparición del estudiante de Periodismo

¿Dónde está Miguel?



Rosa Schonfeld de Bru

Madre de Miguel Bru, estudiante de 23 años que cursaba en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social torturado hasta la muerte. Luego fue desaparecido por personal de la Comisaría 9ª de La Plata el 17 de agosto de 1993. Presidenta de la Asociación Miguel Bru.

Hace 14 años secuestraron a mi hijo y lo entraron con vida en la Comisaría 9ª de La Plata. A partir de ese momento nadie volvió a ver a Miguel. Los asesinos, los torturadores y sus cómplices siguen torturándonos con su ausencia. Seguimos pensando en el día que podamos encontrar su cuerpo, sepultarlo y tener al menos un lugar donde poder llevarle flores.

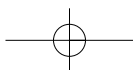
¿Dónde está Miguel? Fue mi primera pregunta, el primer interrogante de todos los amigos y amigas, compañeros y compañeras. También fue la consigna que comenzó a dar forma a la

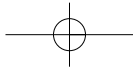
Comisión de Familiares, Amigos y Compañeros de Miguel. En esa organización, pudimos canalizar el dolor y la ausencia para transformarla en fortaleza y para exigir respuesta a los funcionarios responsables. El camino que hubo que desandar y construir confirmó nuestras sospechas y agregó nuevas revelaciones. No sólo la policía estaba involucrada: el juez Amílcar Vara y un fiscal, Octavio Sequeiros, actuaban en complicidad con los uniformados y se comportaban como sus defensores. Estos escollos no sólo estaban en la causa de mi hijo; se repetían sistemá-

A
M
C
L
A
J
E
S

[90]

Tramplás





ticamente con estos y otros funcionarios. A su vez, los policías venían actuando con total naturalidad e impunidad -formados con los valores, costumbres y procedimientos de los genocidas del Proceso- y contaban con un marco legal y un amparo político que les hacía creer que eran intocables, inimputables. Y todo ello, en plena democracia. El dolor, la incertidumbre, la bronca, la solidaridad, la experiencia y la organización nos empujó y nos puso en la calle. Inmediata y estratégicamente, la desaparición de mi hijo estuvo en los medios locales y nacionales. Y empezamos a marchar. En un principio no éramos muchos pero, poco a poco, se empezaron a sumar personas y grupos. La Facultad de Periodismo, en la que estudiaba Miguel se convirtió en el centro de operaciones, reuniones, asambleas, producciones de volantes y afiches, organización de diferentes actos como así también el vínculo con otras organizaciones sociales, de Derechos Humanos, políticas y agrupaciones de diferentes facultades.

La lucha comenzó a dar resultados. Hicimos muchísimas marchas, escraches, reclamamos prisión para los policías asesinos, hicimos todas las vigiliadas que fueron necesarias, y pasamos cien días en las puertas de los Tribunales de Casación exigiendo que los torturadores y asesinos de mi hijo fueran efectivamente presos.

Un jury político permitió que dejara de impartir injusticia el juez Vara, que ni siquiera me daba la posibilidad de pasar la foto de Miguel en televisión, ni participar en la causa como particular damnificado. Luego le compro-

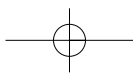
bamos que en 26 causas diferentes, como tantas veces había manifestado yo, había beneficiado corruptamente a la policía. Más tarde, el juicio oral y público de los policías imputados marcó un antes y un después en lo jurídico. Sentó jurisprudencia al condenar a prisión perpetua a dos policías por torturas y muerte de una persona que se hallaba desaparecida. Justo José López y Walter Abrigo fueron condenados a prisión perpetua; Juan Domingo Ojeda y Ramón Cerecetto a penas más leves y hoy están en libertad. Abrigo murió hace un par de años purgando su pena y López sigue preso.

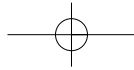
Pero antes y después de lo que le pasó a Miguel, lamentablemente hubo más y más padres y madres reclamando por sus hijos, víctimas de las fuerzas de seguridad. La experiencia de tantos años y los consejos de muchos, nos permitió pegar un salto en lo estructural y fue así que hace ya cuatro años nació la Asociación Miguel Bru, con el valiosísimo aporte, entre otros, de ese entrañable amigo León Gieco, que con sus recitales año a año nos ha permitido solventar nuestro trabajo.

Este camino que emprendimos nos permitió vincularnos y articular con otras organizaciones y poder trabajar en conjunto algunas problemáticas. Varios familiares de víctimas se nos acercaron, acompañamos y asesoramos a muchos compañeros, a otros los patrocinamos con el trabajo de ese gran equipo de abogados que nos acompaña que es el Colectivo de Investigación y Acción Jurídica (CIAJ). Hemos realizado distintas acciones con casi cien mamás, pa-

pás, hermanos, hermanas, novios, novias, amigos y amigas de otros chicos asesinados por la policía bonaerense. Son más de dos mil los jóvenes que cayeron, desde que regresó la democracia, bajo las balas del "gatillo fácil" y cientos de miles las víctimas de la represión policial. En todos esos casos ha habido siempre similitudes: impunemente investigan a las víctimas, eliminan y ocultan las pruebas de sus crímenes, amenazan a los testigos que los señalan como responsables de los aberrantes delitos que cometen.

Además, desde hace cuatro años venimos realizando un trabajo territorial en la Isla Maciel de Avellaneda. Vincularnos con los familiares de los chicos de la Isla nos permitió entrar al territorio y juntarnos con ellos. Iniciamos algunos talleres de Derechos Humanos, fotografía, periodismo, video comunitario, género, entre otros. Nos organizamos detrás de objetivos comunes y colectivos, enmarcado en una estrategia de empoderamiento primero, creando la comisión de Derechos Humanos de la Isla y en el desarrollo de un trabajo colectivo con otras organizaciones comunitarias. El trabajo y el vínculo cotidiano nos permitió conocer e involucrarnos en problemáticas concretas y complejas en donde el Estado tiene una presencia parcial en lo social y una fuerte y represiva intervención institucional, desde los tribunales de menores y la policía. A los problemas antes mencionados ocasionados por la exclusión hay que agregarle además un problema nuevo y muy grave: a los chicos los está consumiendo el paco. En este sentido también venimos traba-





Rosa Schonfeld de Bru

A 14 años de la desaparición del estudiante de periodismo. ¿Dónde está Miguel?

jando, con chicos y chicas en situación de calle y externados de institutos de menores, en la sede que tenemos en Parque Patrios con nuestra Casa de cultura y oficios que estamos articulando con las organizaciones proyecto Bajo Flores, COPA y SERPAJ entre otras.

Somos conscientes que la corrupción policial. La actuación prepotente para imponer su dominio sobre los territorios, donde se cruzan muchos tipos de negocios ilegales, y los asesinatos de jóvenes pobres y desocupados de las zonas urbanas a manos de las fuerzas de seguridad, no son hechos aislados, sino que son parte de un sistema de violencia que involucró a todo el Estado. Que comenzó con el Proceso militar y que, pese a luchas y esfuerzos, cambios institucionales y vocación de modificar las cosas por quienes bregan por la vigencia de los Derechos Humanos, todavía proyecta su sombra amenazante sobre la democracia del presente.

Como todos sabemos, las políticas neoliberales de los años 90 han producido una verdadera catástrofe social y han empujado a la marginalidad, a la exclusión a muchas familias y a muchos niños y jóvenes, arrinconados en una vida precaria, sin horizontes ni futuro. Sobre ellos se ha concentrado la violencia policial, son ellos los blancos predilectos; se los criminaliza por motivos menores o inexistentes como una exhibición de la mano dura que reclaman algunos sectores de la población,

mientras prosiguen las formas protegidas de la delincuencia. El gatillo fácil sirve así para mostrar que algo se hace, además de demostrar dominio sobre un territorio y establecer las bases de los acuerdos mafiosos.

Es por todo eso que la lucha no es fácil, no termina ni se agota en un solo caso o en dos o en tres; es larga, compleja, con muchos altibajos, pero cada vez más urgente. Sobran las razones. Las cifras hablan por sí solas: sobre un total de 5204 denuncias judiciales sobre violaciones a los Derechos Humanos de los agentes de las fuerzas de seguridad, solo 7 tienen sentencia condenatoria. Por eso, entre otras cosas, es necesario crear fiscalías especiales que investiguen a policías. Es de dominio público que el poder político reconoce las dificultades para controlar a 46 mil uniformados de la policía de la provincia de Buenos Aires, que caminan armados por las calles. La desaparición de Jorge Julio López, el asesinato a mansalva del maestro Carlos Fuentealba son otros tantos hechos –aún no aclarados, ni correctamente investigados– que demuestran el carácter sistemático de un estilo represivo que, por fuera de las leyes y del Estado de Derecho, hace manifestación de su desprecio de la vida y una exhibición de impunidad.

En esta lucha tenemos el ejemplo de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, esas mujeres extraordinarias cuya lucha no ha

cesado un solo minuto durante más de treinta años. Sus hijos e hijas, los 30.000 desaparecidos, son la generación que nos falta, la enorme ausencia a la que nos condenó la última dictadura. Los familiares de los muertos y desaparecidos de la democracia vamos a luchar para no permitir que aniquilen a otra generación. El trabajo que nos espera es muy duro también, pero si aquí estamos hoy, si hasta acá llegamos, podremos seguir adelante.

Seguimos exigiendo justicia para los casos de torturas seguidas de muerte como los de Maximiliano Díaz Subils, en la Comisaría 6ª de Tolosa, Oscar Migone en la interminable sucesión de hechos de la comisaría 9ª de La Plata, Christian Domínguez, de la Comisaría 1ª de Berisso, entre tantos otros; por la aparición de Jorge Julio López; por el castigo a los responsables policiales y políticos del asesinato de Carlos Fuentealba y por todos los casos irresueltos e impunes.

Hoy Miguel sigue desaparecido y seguimos extrañándolo. La vida nos cambió y durante todos estos años nunca dejamos de pelear. Miguel, mi hijo, fue otra víctima de este sistema. Fue hostigado, perseguido. Él denunció los atropellos y la violación de los derechos que tenía como ciudadano, que todos tenemos. Nosotros seguimos ese camino y esa manera de vivir, comprometida con la realidad que nos atraviesa y revalidando la solidaridad que él tenía.

A
M
C
L
A
J
E
S

92

Tramplias

